

Concluida la Junta me llamaron el coronel Vázquez y el comandante Iturriza, al alojamiento de este último, y me pidieron mi opinion. «Es la misma que tuve, les digo al desembarcar la expedicion en las playas de Jerez, en los Corchos y en la Barra: que no hay mas remedio que capitular y reembarcarnos para la Habana. Dentro de pocos dias vamos á ser abrazados en el mismo Tampico por las baterías que están construyendo en el Humo, y no vamos á poder vivir en ninguna casa del Pueblo, ni tendremos edificio en que colocar el hospital militar.» Quedaron convencidos y maldecian de su suerte y del dia en que se embarcaron en la Habana. Al despedirse me digeron: «Piénselo bien y mañana nos veremos.»

Vi á Barradas, que lo encontré demudado y muy triste. Me dijo que se sentía malo y había llamado al medico de la division, Gonzalez Perez, que le tomó el pulso y lo encontró con calentura. Le mandó acostarse y que tomase un sudorífico. Era media noche y me despedí de él.

En toda aquella noche, no pude reconciliar el sueño, sin embargo de que en la anterior no habia dormido y estaba sumamente fatigado. Me levanté á las cuatro de la mañana y fui á pasearme á la plaza, y al cabo de media hora me entró la modorra y gran pesadez de cabeza; volví á mi alojamiento y me eché á dormir sobre un colchon que tenia tendido en el suelo.

Serian las ocho de la mañana y me despertaron de parte del P. Bringas, diciéndome que era urgente y preciso de que nos viesemos al instante en su alojamiento, donde me esperaba.

Me levanté inmediatamente, cogí mi gorra y la espada y corrí al alojamiento del P. Bringas. Luego que me vió se abalanzó á mí y me abrazó. «¿Qué hay, Padre, le pregunté, porque me llama V. con tanta urgencia?» «Yo se lo diré á V. siéntese V. y tomará una gícara de chocolate, que es lo único que puedo á V. ofrecer.» Me senté, y despues de cerrar la puerta me habló casi en estos términos: «Anoche, como á las once, estuvieron á verme el coronel Vázquez y el comandante Iturriza, que media hora antes conferenciaron con V. y vinieron aturridos de lo que V. les había dicho sobre lo peligroso de nuestra situacion presente, que ellos convenian en un todo con la esactitud del raciocinio de V. Me comisionaron

para que viese y hablase hoy mismo al Brigadier Barradas, y le hiciese presente sus temores, y que en un todo se entregase á V. y se dirigiese por sus consejos, porque era la persona mas entendida que habia venido en la division. Que sabiendo que ha venido enfermo desde Altamira, seria muy conveniente delegase en otra persona el mando de las operaciones, entregándose él exclusivamente al cuidado de su salud. Esta mañana á las siete he pasado en efecto á evacuar mi mision. He encontrado al Brigadier sumamente abatido y con la mayor suavidad le he hecho presente mi mision. El ha conocido sobre lo difícil de las circunstancias y que V. ha visto y vé las cosas con mas claridad que los demás; y me ha dicho:» «Qué quiere V. Padre, mis arrebatos de colera que no puedo contener, me han reducido al estado en que me veo. Ese jóven me ha hablado con franqueza, y me ha dicho la verdad, y yo con este maldito genio que Dios me ha dado, le he insultado siempre y estoy avergonzado y no me atrevo ni siquiera á dirigirle la palabra, porque estoy seguro de que está lleno de resentimiento.» El P. Bringas le repuso: «No crea V. Sr. Brigadier, que Aviraneta abrigue rencor contra V. ni contra nadie. Estamos en circunstancias muy críticas, y necesitamos de él, porque es el único que entiende de estas cosas, y yo me intereso á nombre de todos, que se entregue V. enteramente á él y que no oiga V. mas que sus consejos.» «Me conformo, me dijo, en un todo con su parecer de V. Vaya V. á verlo y háblele al alma, y digale que venga á verse conmigo.»

Esto era en efecto, lo que tenia que comunicarme el P. Bringas y me manifestó la entrevista que tubo con Barradas, y me rogó le acompañase á la casa del Brigadier.

Fuimos á ella y el Brigadier que estaba echado en la cama, vestido, se incorporó y me recibió muy bien. Estaba acompañado del Gefe del Estado Mayor y del comandante Iturriza. Mandó cerrar la puerta y nos mandó sentar al P. Bringas y á mí. Entónces Barradas encarándose conmigo, me dijo: «¿Qué medios cree V. que haya para impedir que el enemigo nos ataque con su artillería, no teniendo nosotros cañones ni municiones para responder á sus baterías?» «Mi Brigadier, no hay mas que uno: Pasar de noche el rio Pánuco, apoderarnos de sus Baterías del Humo y batir al enemigo en Pueblo Viejo y en todas sus inmediaciones.» «Es mas

fácil decirlo que ejecutarlo: no tenemos suficientes tropas para ejecutar esa operacion, ni barcas para pasar el rio, me contestó Barradas.» «Hoy tenemos tropas suficientes para emprender la operacion, y dentro de cuatro días, acaso no podrá verificarse la operacion. Yo por mi parte me comprometo á tomar la Bateria del Humo, con 150 hombres, y la del monte, puede tomarla en el mismo instante el coronel Vázquez pasando el rio, cerca de la Barra, al frente del Humo, embarcándolos en la goleta que tenemos allí. El embarque de las tropas que deberian acometer la Bateria del Humo y las auxiliares, hasta mil hombres, puede embarcarse en Balsas que se construyen en Tampico, que pueden estar construidas en 48 horas, porque hay todo el material necesario y mucha clavazon. En el gran patio de Lastra se pueden construir tres ó cuatro Balsas capaces de contener cada una de ellas 250 hombres, con machones y tablazon y en el fondo de ellas tres órdenes de barricas vacías para sostenerlas en flote. Estas balsas se llevaran de una á otra orilla por largas Perchas y con grandes cables que se amarraran en la márgen opuesta, y se establece la comunicacion.» «Qué les parece á Vds. este plan? preguntó Barradas.» «Perfectamente; contestó Hurriza.» Entonces Barradas dijo: «Manos á la obra, y llamado al coronel Vázquez,» que todavia estaba en Tampico sin marcharse á la Barra.

Vázquez vino á la reunion sin perder momento. Se le participó el plan, y dijo que estaba conforme en todas sus partes, y que, el dia señalado se obligaba á pasar el rio con 400 hombres, tomar la bateria del monte y marchar á Pueblo Viejo, en auxilio de las tropas de desembarco en aquel punto.

«¿Qué mas hay que hacer?» me preguntó Barradas. «Esplotar el campo enemigo, por medio de un agente astuto que voy á despachar ahora mismo con el coronel Vázquez, para que con una lancha lo pase á la orilla opuesta.»

Se calculó que las cuatro balsas podian estar acabadas dentro de dos dias.

Por la noche volvimos á reunirnos en el alojamiento del Brigadier Barradas: asistieron á la Junta, además de las personas de la noche anterior, el coronel Vázquez y el comandante de infantería, Corbalan.

Pero al principio de la sesion dijo el Gefé de Estado Ma-

yor; segun los partes que habia recibido, en aquel dia y la noche anterior, enfermaron 350 soldados, y que no se sabia donde colocarlos. Que el médico y varios practicantes estaban tambien enfermos, que se carecia de medicamentos, y en fin que estábamos escasos de viveres. Dijo tambien el comandante Corbalan, que la tropa en general estaba triste y abatida desde su regreso de Altamira, y que trabajaba de muy mala gana, en la construccion del reducto ó fortificaciones que se estaban levantando en la entrada de Tampico, que miraba al camino de Altamira, al lado de la laguna del Carpintero. El comandante de aquel punto, D. Elias de Iturrizar, confirmó lo que dijo Corbalan, y añadió «que los soldados no podían descansar ni dormir un momento, acosados de la plaga de mosquitos; sobre lo mal alimentados que estaban, preveía una catástrofe.» Estas relaciones produjeron el mayor disgusto en la reunion, y más que en todos al Brigadier Barradas, que se echó fuera del colchon y principió á pasearse con la mayor impaciencia.

Se disolvió la Junta, sin resolver nada, y fuimos Iturrizar, Corbalan y yo á la plaza, á las 10 de la noche, que estaba oscura y desierta.

Se reunió con nosotros el coronel Vázquez, y principiamos á pasearnos y hacer reflexiones, sobre el triste estado en que estábamos, y todos convinieron en que la cosa no tenia remedio, y que era preciso capitular honrosamente con el enemigo y volvernos á la Habana.

En esto dijo Vázquez: «necesito ir á la Barra con toda precision,» pues le acompañaré á V. le digo yo. «Es preciso que envíe un Indio de toda confianza á Pueblo viejo, para que explore el enemigo y sobre todo las Baterias que construyen, sobre el Humo; y hay que llevarlo con el bote al otro lado del rio.» «Pues corriente, me dijo Vázques, iremos juntos.»

«Voy por el caballo, y Iturrizar nos hará el favor de darnos doce soldados que nos escolten.» «Los tendrán Vds. aquí dentro de media hora.»

Fuí á mi alojamiento, y dije al Indio José Maria, que se preparase á ir conmigo aquella noche. «Bien está Señor.» Tomé un pedazo de pan, salchichon, un trozo de queso, y la cantimplora de vino. Monté á caballo y fuí con el Indio á la plaza, donde me esperaba el coronel Vázquez y la escolta. Echamos á andar por la orilla del rio, pasamos por frente de

un campamento megicano, que se hallaba al otro lado del río, pero no nos dieron el quien vive: se estaban calentando en una gran fogata. Era más de media noche cuando llegamos al fortin de la Barra.

Allí dije á Vázquez: «que mandase trasladar en el bote al otro lado del río al Indio José María, y que á la noche siguiente lo volviese al fortin á las señales convenidas: que eran sacar fuego con un eslabon y piedra y arrojar tres cantos con una honda en direccion del fortin.

Cené con mi amigo Velarra, Vázquez y el capitán de artillería Gaston. Velarra me dijo: «que las cosas estaban muy malas y que corriamos peligro; y que si me veia apurado le avisase con 24 horas de anticipacion. Que él prepararia la goleta, en la que tenia dos barriles de galleta, uno de vino y otros víveres, y nos haríamos á la mar con rumbo á la Habana, llevando en nuestra compañía al capitán Gaston, Oteiza, y si queria tambien á nuestro paisano Iturriza.

A las tres de la mañana me volví con la escolta á Tampico. Vi al Brigadier Barradas, al Gefe del Estado Mayor y al comandante Iturriza, que estaban tristes y con el corazón partido al presenciar aquel cuadro, que por momentos se presentaba más lastimoso. Habian enfermado en 24 horas pasados de 150 soldados, y lo peor que habia que se morian muchos de los enfermos de los días anteriores. La oficialidad comenzó tambien á enfermar.

Me quedé solo con Barradas, que estaba levantado y muy aliviado. Paseándonos por el salon, me dijo: «Aviraneta, estamos en circunstancias muy apuradas, y aconséjeme Vd., por Dios, lo que debemos hacer para salir de este conflicto. Salas está más muerto que vivo, y me ha dicho que consulte con Vd. el apuro.» «Es demasiado tarde, le respondí, para remediar el mal, que es grave, gravísimo. Lo peor que tenemos, es que no podemos contar con la division, porque la tropa toda enferma, y el soldado que no está malo está acoquinado y ha perdido toda su energía. Con los soldados que nos quedan sanos, no podemos ya emprender la expedicion del Humo para apoderarnos de las baterías megicanas. Debemos esperar la vuelta del emisario que envié anoche al campo enemigo, y segun las noticias que traiga, obraremos.»

A las nueve de la noche el emisario regresó del campo enemigo por la via de la Barra, el Indio José María. Estubo todo

el día en el campo megicano, examinó las baterías del Humo, habló con muchos indios de la division de Santa Ana y con los habitantes de Pueblo Viejo, amigos, conocidos y hasta parientes suyos. Las noticias que traia eran: Que en Pueblo Viejo habria como unos dos mil hombres escasos, gente colecticia, unos soldados, otros milicianos nacionales, y los demas paisanos de Tuxpam mal armados, que los habia llevado á la fuerza el General Santa Ana. Se le aseguró que fuerzas considerables estaban en marcha del interior de la República; que algunos debian llegar en los días inmediatos. Toda la caballería estaba en los pueblcs inmediatos, y en Pueblo Viejo habia unos 25 caballos de la escolta y guardia del General. Esperaban artillería y municiones. La batería del Humo estaba principiada y á medio hacer. Que en ella habian colocado dos obuses, y decian que hoy ó mañana principiarian á hacer fuego á Tampico, arrojándonos con los obuses, granadas, porque balas de cañon no tenian, segun le habia asegurado un sargento mulato, del servicio de la artillería. Que á lo alto del monte habian llevado algunos cañones de grueso calibre, y muchos paisanos trabajaban en la construccion de una batería que dominase el río y el fuerte de Tampico. Que no tenian viveres y que la gente enfermaba por causa de la mucha humedad que habia, y anunciaba el tiempo de aguas. Que los megicanos tenian poca ó ninguna vigilancia, porque no temian á nuestras tropas estando el río por medio, y porque sabian que careciamos de lanchas y piraguas con que hacer un desembarco.

Se llevó al Indio al alojamiento de Barradas, y le dije que en su presencia hiciese la relacion que me habia hecho. Era jóven, muy despejado, y sin turbarse en lo más mínimo, refirió menuda y detalladamente lo que habia presenciado y oido. Contestó perfectamente á cuantas preguntas le hizo el Brigadier. Este le entregó cuatro onzas de oro y le despidió.

Cuando se marchó, me dijo que no habia conocido un Indio más ladino que él; que los de costa firme eran unos tontos á su lado. «¿Y qué le ha parecido á Vd. la relacion que ha hecho del enemigo?» «Me ha parecido verídica. Si tuviéramos un batallon Disponible, nos hacíamos con los obuses y derrotariamos las fuerzas mal organizadas y escasas que hay en Pueblo Viejo. Los 500 hombres que tiene Vázquez en la Barra están sanos, y aquel coronel con su fuerza pudiera encargarse

de la operacion, atacando y apoderándose primero de la batería del monte, y cayendo en seguida sobre el Humo y Pueblo Viejo.»

«Bella idea, repuso Barradas, excelente pensamiento.» Hizo llamar al Gefe de Estado Mayor Salas, y le dijo que «con un ginete le escribiese al coronel Vázquez; que en el mismo caballo viniese inmediatamente á Tampico, por tener urgencia de hablarle.»

Serian las dos de la tarde de aquel mismo dia, cuando de la batería del Humo rompieron el fuego de obús, espidiendo sobre Tampico y el alojamiento de Barradas dos granadas, que una de ellas cayó en la calle y la otra en el dintel de la ventana de Barradas; que ambas reventaron é hirieron á dos soldados que iban por la calle.

Dirigi mi antejo al Humo, y vi que cargaban de nuevo los obuses. Barradas me dijo: «Tenia razón el Indio, que romperian pronto el fuego.» Mandó recoger los papeles y el equipaje, y quiso mudar de alojamiento trasladándose á lo más alto del pueblo. Tiraron, pero con largos intermedios, granadas, lo que me hizo comprender que estaban escasos de municiones.

A las tres vino á Tampico el coronel Vázquez, que fué á parar á la plaza, á la casa de Castillo, donde estaba el coronel Salomon. Yo me habia acostado por no haber dormido la noche anterior, y apenas habia cerrado los ojos, me despertó el Gefe de Estado Mayor, diciéndome que el Brigadier me llamaba, con motivo de la llegada de Vázquez y de la Barra. Me vestí y fuí á la casa de Castilla.

Estaban reunidos Barradas, Vázquez, el Gefe de Estado Mayor y el comandante Iturriza.

Hablaban de lleno sobre la cuestion á mi llegada, y Vázquez le dijo á Barradas que si lo mandaba, no haría más que cumplir sus órdenes y que á la entrada de la noche realizaría el embarque de sus fuerzas para la orilla opuesta, y marcharía á apoderarse de la Batería que construía el enemigo en lo alto del monte; que realizada esta operacion, bajaría á Pueblo Viejo y atacaría la Batería del Humo. Pero que tenía que hacerle la observacion, que esta operacion era sumamente difícil, arriesgada y de un dudoso éxito. Que 400 soldados era corta fuerza, para ejecutarlo de noche y por una montaña espeza, de arbolado, y muy pendiente y de mal piso, por

lo mucho que habia llovido: sin camino y guias que encaminasen. Que ademas, sus soldados estaban fatigados con el trabajo que tenian todos los dias y parte de la noche, en la construccion del fortin de arena y fagina, habiendo tenido que talar todo el monte de las inmediaciones, para conducir á brazo y á rastra el arbolado, para apelmazar la arena hasta una altura conveniente y construir la doble estacada y la batería para los cañones.

A semejantes observaciones, no tubo ninguno de los individuos de la reunion razones que contestar, y se desistió de la operacion.

Vázquez se volvió á la Barra, y quedamos como estabamos, aun más abatidos que antes. La mortalidad y el número de enfermos se fué duplicando.

El médico de la Division González Pérez, y dos cirujanos se hallaban aliviados y el Brigadier encargó al primero que averiguase la causa en que consistia la enfermedad de la tropa. El médico González Pérez, era un gran facultativo, del Colegio de San Carlos de Madrid, que egerció además su facultad en Veracruz y en la Habana, durante bastantes años.

Ayudado de los dos cirujanos y algunos practicantes, procedió á la autopsia de varios cadáveres, que se abrieron y reconocieron, dando por resultado el exámen anatómico, que las vegigas estaban llenas de agua verdosa y corrompida, que los soldados bebieron con exceso en los estanques ó charcos de los montes del camino de Altamira, sedientos como se hallaban por la fatiga de la marcha, el excesivo calor del mes de Agosto, y más que todo, por la sed ardiente producida del mucho tocino fresco de que se artaron, durante los dias que permanecieron en Altamira, y el mucho aguardiente y licores que bebieron. Asegurando que todas estas causas habian producido en el cuerpo del soldado una verdadera peste oriental, difícil de atacar por la carencia de medicinas y alimentos convenientes. Dado este dictámen reservado, el médico González Pérez, se volvió á su lecho, del que no volvió á levantarse apenas hasta la Capitulacion, que con los demas enfermos fue embarcado para ser transportado á la Habana.

Por la noche y hora de las diez, pasé á verme con el comandante Iturriza, que mandaba el punto fortificado de la Laguna del Carpintero, en el camino que miraba la salida de

Tampico á Altamira. Estuve como una hora con aquel amigo y los oficiales, y serian las once, cuando me despedí de ellos y tomé otro camino por las orillas del de la Laguna, para entrar en el pueblo y mi alojamiento. Estaba todo en el mayor silencio, la noche muy agradable y la luna muy encapotada por las nubes, pero sin embargo, se veía con mucha claridad. Marchaba entre la laguna y unos matorrales, cuando á distancia de sesenta pasos advertí tres bultos como que salian de la laguna: me detube, y me embosqué entre las matas y saqué del cinto una de las dos pistolas. Observé atentamente á los que habian salido de la Laguna, y vi que eran tres hombres de levita militar que se dirigian por un sendero á Tampico. Les seguí á cierta distancia y al mismo tiempo que ellos, aunque por calle distinta, entré en Tampico. No habia ni un solo soldado en las calles; cuando repentinamente aparecieron cerca de mí los tres hombres, y sin saludarme ni decir palabra, siguieron marchando hacia la plaza. Llevaban sables de caballería, vestian levitas azules militares y en las cabezas kepís, iguales á los de nuestros militares. Dudé que fuesen pertenecientes á nuestra division, pero no me atreví á darles el Quién vive y ménos llamarles: eran tres y estaban armados, y yo me hallaba solo. Tomé el partido de seguirlos á cierta distancia, y no perderlos de vista. Siguieron por la misma calle hasta su conclusion. Entraron en la plaza y se detuvieron á hablar, y cuando llegué á treinta pasos de distancia de ellos, y me vieron que les seguia, echaron á andar rectos y sin ladearse hacia el principio de la plaza: tomaron por la izquierda, derechos, el camino del embarcadero del Humo, y apretaron el paso; apreté el mío en su seguimiento y á poco echaron á correr y se embarcaron en una piragua y los alcancé á ver en medio del río. Por la talla del más alto de los tres me pareció el coronel Castrillon, ayudante de Santana.

Corrí á la plaza y me ví con el comandante del principal á quien hice relacion de la ocurrencia, y le recomendé la vigilancia, juzgando que aquellos tres hombres, me parecieron espías que habian venido á reconocer el cuartel general. Le pedí al comandante dos soldados, para que me escoltaran al punto justificado del comandante Iturriza.

Fuimos allí, y el oficial que estaba de guardia me dijo que el comandante Iturriza estaba durmiendo. Hice que le

despertasen, y vino á donde yo estaba. Le referí muy por menor lo que me habia sucedido desde el momento que me separé de él, tres cuartos de hora antes y que habia seguido á los tres megicanos hasta que se metieron en el Humo en una embarcacion y pasaron el río. El comandante Iturriza, me refirió por su parte, que á poco de mi salida del puesto, los centinelas habian dado parte que habian sentido gente en la Laguna del Carpintero, y que habiéndoles dado el Quién vive, no respondieron, deduciendo de esto, que los paisanos habian pasado á hombros á los tres megicanos, que á mi me parecieron gefes ú oficiales, creyendo yo reconocer al coronel Castrillon. Se dobló la vigilancia, me dieron un vaso de ponche, y me acosté en el mismo colchon y al lado de Iturriza. El dia siguiente se tomaron las mayores precauciones para no ser sorprendidos por el enemigo.

En el siguiente, despues de este descubrimiento, principió á llover con fuerza, siguiendo á la noche y tres dias adelante. Parecía que se habian abierto todas las cataratas del cielo, y los relámpagos y truenos eran espantosos. De dia era aun más triste, porque no se veía un solo viviente por las calles, por donde corrian arroyos de agua.

Una mañana me llamó el indio José Maria, y me hizo subir á la azotea: habia amanecido claro y era poco lo que llovía. Desde la azotea se descubria el panorama más magnifico que puede verse. Me dijo José Maria: «Mire su merced, el monte que está á la otra parte del río.» Hice que me subiese el catalejo y una silla. Dirigi mi visual al monte, y le vi pelado y que todos los árboles con parte de la tierra habian sido arrastrados por la torrente de lluvia que habia caido hasta el río. Miré al Humo, y no vi más que agua. De pueblo viejo, no vi mas que casas anegadas hasta cierto trecho y algunos soldados megicanos que estaban subidos á la azotea: miré todo el pais hasta formar horizonte y no vi más que un mar inmenso.

Los árboles corpulentos y la tierra que arrastró en pos de sí las aguas hasta el río Pánuco, formaron en el estrecho del río, cerca del Humo, una barrera tal, y tan sólida, deteniendo el curso del agua, que se desparramó por todas aquellas vegas y los llanos. Veíamos venir flotando por las aguas los Jacales ó casas de los Indios, muchos cadáveres humanos y ganado vacuno, caballar y lanar. Era un espectáculo espantoso.

Bajé aterrorizado de la azotea, y me reuní con la familia de los Indios, en cuya compañía vivía. Esta familia consistía en dos hermanos jóvenes y sus mugeres, igualmente jóvenes. Servían á una familia inglesa del comercio de Tampico que por motivo de las circunstancias abandonaron á Tampico con lo muy preciso que pudieron llevar á un pueblo inmediato, dejando la casa puesta y los almacenes con sus géneros, todo al cuidado del honrado Indio José María y su hermano. Como fui de los primeros que entró en aquella villa cuando la ocupamos, y el solo que llegó al puerto en que estaba situada la casa, que era la más alto de la población, y una de las primeras entrando por el camino de Altamira, me salió á recibir á la puerta de la casa, suplicándome eligiese la suya para alojamiento, asegurándome que sería muy bien tratado por él y su familia, y que nada me haría falta. Acepté la oferta, y entramos en la casa el capitán Oteiza y yo, y nos constituimos en ella, juntamente con los asistentes y los equipajes. La casa no era muy grande, pero estaba muy bien alhajada; la espensa (*sic*) bien provista de víveres, un grande almacén de maiz y un corral muy capaz, surtido de todo género de aves: un gran palomar, cuatro cabras, una vaquita, una mula pequeña y un burro.

Como Tampico estaba desierto, porque todos sus moradores habían emigrado antes de nuestra entrada, fué un gran hallazgo para mí aquella casa ocupada por una familia India. Las mugeres inmediatamente dispusieron un buen almuerzo, comida para mí y Oteiza, dándonos tortillas, enchiladas y rico jamon, con buenas botellas de vino de Burdeos y Jerez. Para postre nos dieron un gran tazón de leche, con sopas de maiz. La leche provenía de las cuatro hermosas cabras que había en el corral, y además la vaquita con un ternero. Todas las mañanas nos llevaban las indias á la cama una gran tasa de leche recién ordeñada. En una palabra, estábamos regalados á cuerpo de Rey. Reconocido también yo al buen trato de aquellas gentes, tenía un gran cuidado de la casa. Teníamos el capitán Oteiza y yo, cuatro asistentes vascongados que nos había dado como de entera confianza el comandante Iturriza. Con sus fusiles, había dispuesto que dos de ellos estuviesen constantemente guardando la casa, y además hice llevar cuatro carabinas, con las municiones necesarias, para armar á los dos Indios y armarnos Oteiza y yo. Como era una

de las primeras casas de la población por el camino de Altamira y no había fortificación ni gran guardia por aquel punto, era de temer una sorpresa ó invasión nocturna de parte de los megicanos. En la azotea dispuse con tablones parapetos para hacer fuego al enemigo que se arrimase, y la puerta de la casa estaba cerrada y atrancada de noche, y no entrábamos en la casa sino por un portillo del corral. A ninguna persona comunicamos el secreto de nuestra morada, si se exceptua al comandante D. Elias Iturriza, que venía á comer alguna vez.

La incomunicación en que estábamos con el resto de la población y el triste y lamentable espectáculo que había presenciado desde la azotea en aquellos días de diluvio, me presagiaban que debía suceder algun funesto acontecimiento en la división. Segun llevo dicho, la tempestad había cedido algo, y llovía mucho ménos que en los días anteriores. y esto me movió á que el Indio José María saliese á la calle á examinar el piso y ver si eran transitables las calles hasta el alojamiento del Brigadier Barradas, con el propósito de encaminarme á á visitarle. Salió el Indio hasta poco trecho de la casa, y se volvió al instante, diciendo que era imposible transitarlo porque se undía hasta las rodillas por el lodo y la tierra movidiza empapada en el agua, y eso que la población estaba en declive hasta el río Pánuco. Pero el Indio lleno siempre de los buenos deseos de servirme en cuanto se me ofreciese, me dijo que se atrevía ir hasta la Plaza. Se puso unos calzones cortos y anchos de algodón, muy parecidos á los Zaragüelles de los Valencianos, y en pernetas se marchó hasta la plaza á traerme noticias.

A las dos horas estuvo de vuelta. Venía triste por el espectáculo que había presenciado. Vió muchos muertos en la casa, y segun le digeron algunos soldados, se morían sus compañeros como moscas, fué la espresion, por la privación de camas, de facultativos, la falta de asistencia y de alimentos. Que aquello era una desolación. En las calles no había ni una alma y estaban incapacitadas de ser transitadas por el lodo y las aguas que estaban estancadas.

Cesó la lluvia, y el día siguiente se oreó bastantemente el piso, motivado de estar la mayor parte de las calles en declive y correr por ellas el agua hacia el río y el escesivo calor de la estación. Me resolví á salir á la calle, é ir al alojamiento del Brigadier. Le encontré bastante bueno de salud. Hablamos